

# La guerra: algunas de sus causas y consecuencias psicológicas\*

R. A. Hinde

## Resumen

La agresión entre individuos no es una simple respuesta a motivaciones agresivas: proviene de una diversidad de factores personales, culturales y sociales, incluyendo principios de dinámica de grupos. La 'guerra', término que abarca un amplio espectro desde conflictos grupales hasta la guerra entre naciones, puede considerarse como una institución. A pesar de sus horrores, la guerra es considerada a veces un medio aceptable para resolver disputas.

No es, por tanto, consecuencia de la agresividad personal, sino más bien causa de que las personas sean agresivas. Las consecuencias de la guerra no quedan totalmente reflejadas en el número de muertos y heridos, ya que sus consecuencias psicológicas pueden ser severas y duraderas.

*Palabras clave:* Guerra, agresión, sociedad, institución, dinámica de grupo, consecuencias psicológicas.

## Abstract

Individual aggression can not be ascribed simply to aggressive motivation: it stems from a diversity of personal, social and cultural factors, and also involves further principles of group dynamics. The term 'war', which includes a broad spectrum from large scale intergroup conflict to international war, is best seen as a social institution. In spite of its horrors, war is still sometimes thought to be an acceptable means for resolving disputes. Thus war is not caused by individual aggressiveness, but may cause individuals to be aggressive. The consequences of war are not fully indicated by figures for killed and wounded, for its psychological consequences may be severe and longlasting.

*Keywords:* War, aggression, society, institution, group dynamics, psychological consequences.

Los psicólogos se han ocupado de casi todos los aspectos de la guerra: sus causas, desarrollo y consecuencias. Este trabajo se limita a ciertas consideraciones respecto a por qué suceden las guerras, y algunas de sus consecuencias sobre los individuos, en referencia principalmente al mundo moderno. Por lo tanto, temas como el desarrollo de la guerra —por ejemplo, la adecuación de máquinas de combate al operador humano, la selección de los combatientes, el mantenimiento de su moral, y la elección de los líderes— no se tratarán aquí.

Ante todo es necesaria una aclaración lingüística. En el habla cotidiana nos referimos a la agresión de un sujeto a otro con la misma expresión que usamos para hablar de dos naciones, cada una de las cuales con una población de millones de personas. Pero los factores que provocan la posibilidad de agresión entre individuos no son los mismos que pueden provocar la guerra entre los estados: ambos procesos son muy disímiles. Hay quienes han atribuido la propensión a atacar a otros individuos a la asertividad personal, asociándola incluso a la creatividad<sup>1,2</sup>. Esto es simplemente un error. Un vendedor asertivo no golpea a sus clientes, y las bases motivacionales de la asertividad tienen poco en común con las de la agresividad, aunque puedan contribuir en los actos agresivos. Decir que sin

las capacidades agresivas del hombre «*los seres humanos nunca habrían podido construir catedrales, combatir las enfermedades o idear teorías científicas*»<sup>2</sup> es un absurdo.

Anticipando la argumentación presentada aquí, para comprender cualquier aspecto del comportamiento social humano es necesario distinguir niveles crecientes de complejidad —procesos fisiológicos/psicológicos internos al individuo, comportamiento personal, interacciones, relaciones, grupos y sociedades— y abordar las relaciones ente ellos. Cada uno de esos niveles afecta y es afectado por los niveles adyacentes, así como afecta y es afectado por la estructura sociocultural de creencias, normas, valores e instituciones con sus roles constituyentes. Así, en el presente contexto, la interacción agresiva entre individuos, la agresión de grupos, y el fenómeno social de la guerra pueden describirse con palabras similares, pero difieren en muchos aspectos. Por ejemplo, la agresión entre grupos puede involucrar tendencias agresivas personales, pero también componentes de dinámica de grupo irrelevantes al comportamiento individual, así como la guerra involucra componentes de dinámica de grupo pero debe entenderse también como institución, con sus roles constituyentes. En este trabajo se discutirán tres ejemplos de agresión, a fin de mostrar el *continuum* que va desde la

agresión individual, pasando por la agresión de grupos y los conflictos religiosos y étnicos, hasta la guerra entre estados.

Primero, sin embargo, será necesario extendernos sobre las relaciones existentes entre los sucesivos estratos de complejidad.

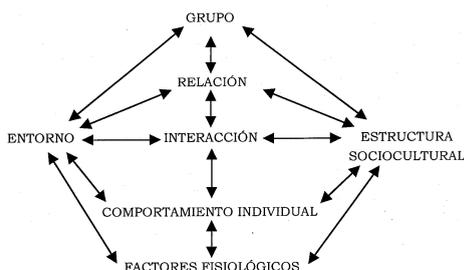
### **Niveles de complejidad**

Una interacción puede definirse como una relación entre al menos dos individuos durante un breve lapso de tiempo. Durante una interacción, el comportamiento de cada sujeto resulta influido tanto por sus propios objetivos y por sus normas y valores, como por sus percepciones de los del otro, y por el contexto. Cada participante trata de entender los objetivos y estrategias del otro, mientras intenta realizar los propios en la mayor medida posible.

En términos comportamentales, una relación involucra una serie de interacciones entre dos individuos, cada una de las cuales es influenciada por las interacciones pasadas y, a menudo, por expectativas de otras futuras. Por supuesto que no todo es comportamiento: las relaciones prosiguen en ausencia de interacciones, involucrando deseos, emociones, juicios y demás.

Cada relación está usualmente, a su vez, dentro de una red de otras relacio-

### **Relaciones dialécticas entre niveles de complejidad social**



nes, las cuales pueden constituir un grupo psicológico, es decir, una comunidad cuyos miembros se autodefinen y son definidos como grupo, considerándose a sí mismos interdependientes, y cuyas interacciones están mediadas, al menos hasta cierto punto, por reglas y normas más o menos características del grupo.

Un individuo puede pertenecer a varios grupos. Un conjunto de grupos cuyos miembros pueden o no solaparse, pero que reconocen a esos grupos como constitutivos de una unidad mayor, conforma una sociedad. Los procesos grupales pueden operar incrementando la coherencia de la sociedad.

Es importante enfatizar tres puntos acerca de estos niveles de complejidad (véase el diagrama arriba). En primer lugar, cada nivel posee propiedades que no son relevantes para el nivel inferior. Así, una relación puede involucrar uno o muchos tipos de interacciones, propiedad ésta no relevante a nivel de interacción. Y un grupo puede ser desestructurado, centrífugo, jerárquico, etcétera; propiedades no relevantes a las relaciones internas que existan en él.

En segundo lugar, tenemos tendencia a emplear distintos conceptos explicativos para cada nivel. Podemos ver el nacionalismo como un factor de agresión a nivel de sociedad, la rivalidad entre hermanos a nivel de relación, y la adquisición a nivel de individuo.

En tercer lugar, cada nivel afecta y es afectado por los otros y por la estructura sociocultural. Así, una relación es afectada por sus interacciones constitutivas y, dado que la relación de A con B es afectada por la relación de B con C, la relación es afectada por el grupo en que se encuentra. Y la naturaleza del grupo es afectada, a su vez, por las relaciones de los individuos que lo conforman y por la sociedad de la que forma parte. Además, cada nivel afecta y es afectado por la estructura sociocultural; de esta manera,

una norma de lealtad grupal afecta al comportamiento de sus miembros, a la vez que el comportamiento individual afecta a la norma del grupo. Dado este conjunto de relaciones dialécticas, es preferible considerar los sucesivos niveles de complejidad, incluyendo el individual, no como entidades sino como procesos en continua creación, conservación o degradación, mediados por factores internos y por las relaciones dialécticas con los otros niveles.<sup>3</sup>

En las secciones siguientes volveremos repetidamente a estas relaciones dialécticas entre niveles. Por los momentos, resulta evidente que su importancia en la comprensión del fenómeno de la guerra depende de la pregunta exacta que se formule. Los análisis que se efectúen sobre las causas de la guerra en términos políticos, económicos o históricos probablemente enfocarán la dialéctica entre las sociedades y su estructura sociocultural. La comprensión de las causas y el curso de alguna guerra en particular implicaría también referencias a procesos grupales y a las interacciones entre los líderes de cada bando. Las secciones siguientes considerarán algunos factores involucrados en la agresión individual y de grupos antes de abordar la manera en que contribuyen a la guerra institucionalizada.

## La agresión individual

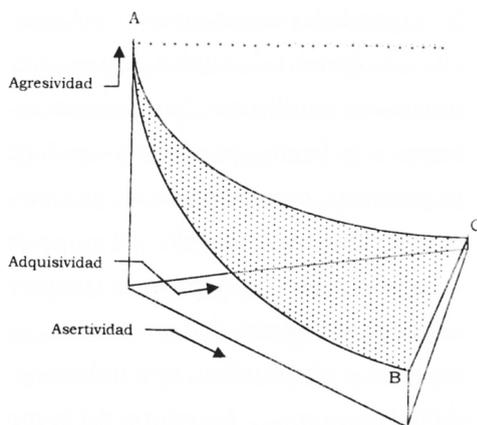
Para los fines presentes, es conveniente considerar el comportamiento individual como causado, en parte, por tendencias internas del sujeto, al tiempo que reconocemos que éstas no deben interpretarse como entidades unitarias, pudiendo además resultar influenciadas por factores externos. Ello no significa que el comportamiento agresivo surja de un «impulso» innato que debe ser liberado de alguna manera; no hay evidencia psicológica<sup>4</sup> ni intercultural que respalde esta posición. Los seres humanos tienen la capacidad de ser tanto agresivos como altruistas, cooperadores o pendencieros; el comportamiento que exhiban dependerá de un conjunto complejo de factores ontogenéticos, experienciales, sociales y circunstanciales.

Dentro de este marco, los actos de agresión rara vez obedecen exclusivamente a impulsos agresivos; generalmente se encuentran presentes otras motivaciones. El comportamiento resultante puede ser, por ejemplo, un intento de apoderarse de un objeto o alcanzar una situación; lo que, para los fines presentes llamaremos adquisividad. Puede haber también una tendencia a demostrar algo: asertividad. Por otra parte, la agresión normalmente envuelve riesgo personal para el propio agresor, por lo que aparece

combinada con actitudes de autodefensa o retirada. De donde el hecho de que se dé o no la agresión dependerá no sólo de la propia tendencia agresiva del sujeto, sino también de otras motivaciones. A continuación se da un modelo sencillo de las relaciones entre tres tendencias del comportamiento.

La agresión individual se categoriza a menudo en varios tipos: por ejemplo, agresión instrumental, referida principalmente a la obtención de un objetivo, el logro de una posición o el acceso a una actividad deseada; o agresión delictiva, la que se ejerce al cometer un delito.<sup>5,6</sup> Tales categorizaciones, aunque útiles para al-

### Representación hipotética de tres variables influyentes en la incidencia del comportamiento agresivo



gunos fines, resultan ser mucho menos claras de lo que parecen, por una razón obvia: un solo acto puede estar motivado por una variedad de causas, que pueden diferir en intensidad y proporciones.

Es apropiado dividir en tres categorías los factores que contribuyen a un acto agresivo:

*Factores ontogenéticos:* La tendencia de un individuo a comportarse agresivamente depende en parte de factores genéticos y en parte de su experiencia. La agresividad física tiende a ser mayor en los chicos que en las chicas, y a aumentar con la edad hasta la adolescencia o la temprana edad adulta, declinando después. En nuestra cultura, se ha centrado la atención en las funciones del condicionamiento clásico, el condicionamiento operante y el aprendizaje observacional, así como en las relaciones familiares. Estos factores afectan tanto las tendencias motivacionales como la adquisición de las capacidades cognoscitivas, incluyendo estas últimas la habilidad para resolver situaciones conflictivas. Las personas externas a la familia pueden ser también importantes, especialmente las que ejercen una función de modelo, y el grupo de compañeros con sus normas. El comportamiento del agente de socialización, ya sea intra o extrafamiliar, será influenciado por las normas y los valores del grupo

y de la sociedad a la que pertenece, normas y valores que diferirán con la naturaleza del individuo al que estén dirigidas; de tal manera que podrán regir diferentes normas para los muchachos que para las muchachas, o para los primogénitos frente a los demás hijos. Además, esas normas y valores serán afectados, y afectarán a su vez, a los medios de comunicación y demás canales de influencia social. De tal manera que la tendencia agresiva de los individuos sólo puede entenderse a través de las relaciones dialécticas entre ellos, el conjunto de sus relaciones y su pertenencia grupal, y las estructuras socioculturales operantes.

*Factores de predisposición:* En todas las sociedades, la violencia es más frecuente en aquellas que toleran o exaltan las acciones violentas por parte del individuo o del estado, las que no distribuyen equitativamente sus ingresos o la riqueza, y las que carecen de instituciones sociales o políticas que vinculen a sus miembros en redes de obligaciones comunitarias.<sup>7</sup> No obstante, aquí las relaciones son complejas. Mientras la violencia política puede proporcionar un contexto que favorezca el aumento de la criminalidad (véanse, por ejemplo, las refs. <sup>8</sup> y <sup>9</sup>), la tasa de homicidios tiende a decrecer en los países que se encuentran en guerra, probablemente a consecuencia de una ma-

yor integración.<sup>10</sup> Luego, al terminar la guerra, la tasa de homicidios aumenta. Por otra parte, la propensión de un individuo a la violencia en cualquier momento en particular puede ser influenciada por una variedad de factores contextuales, que incluyen la actual situación social y su observancia de las normas, la presencia y el peso de otros individuos, etcétera.

*Factores educidos:* El que un acto agresivo sea educido depende además de otros factores, como el estado motivacional actual del individuo, la frustración frente a sus objetivos, la existencia de sufrimiento, temor, y otros factores aversivos; el estímulo, la naturaleza del opo- nente o la víctima, la disponibilidad de armas; y de un conjunto de factores inhi- bitorios, como el miedo al castigo, y la posibilidad de cursos de acción alterna- tivos.<sup>11</sup>

Los párrafos precedentes sólo su- gieren la complejidad de los factores que intervienen en la agresión individual; pero al menos muestran que la plena comprensión de tan sólo las interaccio- nes entre individuos exige ya el análisis de las características de cada uno y de sus bases, de la variedad de factores situacio- nales, y la consideración de las relaciones dialécticas entre los distintos niveles de complejidad y la estructura sociocultural.

## **La agresión grupal**

La agresión entre grupos requiere de la cooperación entre los individuos pertenecientes a cada grupo. Pero involu- cra también principios adicionales a los relacionados con la agresión individual, principios que surgen de la propia natu- raleza de los grupos y de las relaciones entre ellos y sus miembros. Actualmente existe una vasta literatura sobre la natu- raleza de los grupos psicológicos y las rela- ciones intergrupales (véase, por ejemplo, la ref. <sup>12</sup>); pero será útil revisar brevemente algunos puntos de importancia en el presente contexto.

Las personas se consideran a sí mismas tanto autónomas como pertene- cientes a grupos. En vista de ello, Tajfel y Turner<sup>13</sup> han distinguido entre la iden- tidad personal del individuo (que involu- cra comparaciones con otros individuos) y la identidad social (que deriva de la pertenencia a grupos sociales o categorías grupales emocionalmente significativos); aumentando la importancia de esta últi- ma a medida que disminuye la primera: la percepción de sí mismo como unidad de intercambio dentro de un grupo social comporta la disminución de la percep- ción del propio sujeto como ser único o especial. Se ha sugerido que esta desper- sonalización parcial es básica para expli- car muchos fenómenos grupales.<sup>14,15</sup> Este

enfoque es consistente con los métodos utilizados para inculcar disciplina y lealtad al grupo entre los reclutas militares.

Los miembros de un grupo psicológico no sólo se denominan a sí mismos (y, generalmente, son designados por los demás) como pertenecientes al grupo, sino que se ven a sí mismos como más similares entre sí, en cuanto a características distintivas y relevantes del grupo, que respecto a las personas ajenas al mismo; y pueden verse también, en cierta medida, como interdependientes y poseedores de tareas o metas comunes. Hay algún desacuerdo entre los investigadores respecto a cuáles de estos rasgos son primarios o fundamentales (ver, por ejemplo, refs. <sup>13</sup> y <sup>16-18</sup>).

La pertenencia a un grupo psicológico tiene ciertas consecuencias sobre la conducta individual. Los miembros del grupo tienden a tratarse entre sí como sujetos diferenciados y heterogéneos, mientras tratan a los sujetos externos al grupo como unidades indiferenciadas. Las personas que se consideran miembros de un grupo tienden a elaborar, y a suscribir, normas y valores grupales, así como a aceptarlos.<sup>13</sup>

Con frecuencia, un rasgo importante de la pertenencia a grupos radica en el hecho de que los individuos necesitan encontrar apoyo para sus creencias,<sup>19</sup> lo

que se obtiene de quienes comparten esas creencias. Descubrir que otros comparten las propias ideas puede incrementar la afinidad y el sentimiento de solidaridad con ellos, en especial si esas ideas no encuentran otra forma de verificación, como sucede con las creencias religiosas;<sup>20</sup> y, recíprocamente, la pertenencia al grupo potencia la validación consensual de los demás miembros.<sup>21</sup>

La autoestima de los miembros de un grupo es influenciada por su pertenencia al mismo. Mientras el sujeto busca una identidad positiva dentro de la sociedad, la pertenencia a un grupo contribuye a ello sólo si el grupo es evaluado favorablemente frente a otros grupos. Las personas, por tanto, tienden a identificarse con los grupos que evalúan favorablemente, y a evaluar favorablemente los grupos con los que se identifican, aun faltando evidencia objetiva de sus cualidades. Mientras más personas se identifiquen con un grupo, más probable es que se esfuercen por mejorar la propia imagen de sí mismos colaborando con el grupo. De este modo se facilitan tanto la cohesión como la cooperación grupal, las cuales tenderán a ser mayores en los grupos que aparecen como exitosos. La pertenencia al grupo proporciona sentido de seguridad al individuo, mientras las personas externas a él pueden parecer estereotipadas y disminuidas. El individuo

recibe la «gloria reflejada» por los logros de sus compañeros, aunque él mismo no haya contribuido a ellos.<sup>22,23</sup>

Además, las acciones negativas de quienes no son miembros tienden a ser vistas como características de los otros grupos, lo que no sucede con acciones similares efectuadas por los miembros del grupo propio; mientras los logros y las acciones positivas del propio grupo tienden a atribuirse a características internas compartidas más que a circunstancias externas.<sup>24</sup> Recíprocamente, la evaluación negativa de los otros grupos tiende a realzar la autoestimación del grupo propio, y la (altamente valorada) identificación grupal de sus miembros<sup>13</sup> (ver discusión en ref. 12).

Debido a que las personas quieren verse a sí mismas como individuos tanto como en relación con otro u otros,<sup>25</sup> los grupos exclusivos tienden a ser especialmente cohesivos. Una identidad social distintiva puede satisfacer tanto la necesidad de formar parte de un grupo como la de sentirse especial y diferente de los otros.<sup>26</sup>

Hay, desde luego, excepciones a estas generalizaciones. Por ejemplo, la preferencia interna al grupo puede estar muy diluida, o incluso invertida, en grupos de bajo *status* social. Los grupos minoritarios pueden percibirse a sí mismos

como homogéneos, y evaluar los demás grupos con preferencia al suyo propio.<sup>27</sup> Pero, en general, las personas tienden a mostrar lealtad y preferencia hacia su propio grupo, exagerando las diferencias respecto a los demás, y a evaluar el suyo favorablemente. Recientes evidencias sugieren que tales características del comportamiento intergrupales son más pronunciadas cuando se enfatizan la cooperación dentro del grupo, los logros colectivos y la interdependencia entre los compañeros; y que la importancia o la misma existencia del grupo depende de la existencia de otros grupos.<sup>28</sup>

Resultará evidente que muchos aspectos de las relaciones intergrupales son de especial importancia en momentos de conflicto o en tiempos de guerra. Si bien tales situaciones, por definición, envuelven dos o más grupos cuyos objetivos coliden, son los líderes quienes se dedican a realzar la identidad distintiva y, con ello, la integridad y cohesión grupal. Esto sucede especialmente en las unidades de combate, donde la necesidad de cooperación dentro del grupo hace imprescindible aumentar el sentido de identidad social y al mismo tiempo poner de relieve la percepción que los individuos tienen de sí mismos como únicos y autónomos. Es necesario exaltar la imagen del grupo a la vez que se denigra al grupo oponente, enfatizando las diferencias entre ambos.

Es más probable que haya efectividad en las acciones si éstas se presentan con probabilidad de éxito, lo que depende de la moral de los sujetos involucrados, que a su vez influye y es influenciada por los procesos grupales que hemos examinado. Ya en los años de 1800 los reglamentos del cuerpo de fusileros británico establecían que a cada hombre debía asignársele un camarada, y que los sentimientos familiares y de lealtad hacia los camaradas debían estimularse;<sup>29</sup> y más recientemente ha habido recomendaciones de que los líderes de las unidades de combate deben ejercer un «paternalismo profesional».<sup>30</sup> La camaradería, *cameraderie*, *Kameradschaft*, *comradeship*, es un elemento esencial de la moral de grupo; aunque resulte menos efectiva en las guerras modernas, en las que los hombres se hallan muy dispersos en el campo de batalla.

Otras diferencias respecto a la agresión individual provienen del hecho de que la misma presencia de los demás miembros del grupo afecta al comportamiento de cada individuo, siendo la propia dinámica interna del grupo el factor de fomento o inhibición de tendencias hacia la acción violenta. En un grupo no estructurado los miembros estarán más dispuestos a la conducta agresiva debido al estímulo que representa su propia situación de grupo, o por el relativo anonimato y la dilución de responsabilidad

que el grupo proporciona. Si el grupo valora la violencia, sus integrantes se afianzarán y destacarán mediante conductas agresivas; mientras que si el grupo muestra tendencia al autocontrol, inhibirá a los exaltados. Debido a las relaciones dialécticas entre las tendencias individuales y las normas grupales, el potencial de agresividad de un grupo no es simplemente la suma de los potenciales agresivos de sus miembros.

Aunque muchos aspectos de la agresión grupal pueden ser comprendidos considerando a los individuos como unidades de un colectivo, ello no proporciona de ninguna manera el cuadro completo. Para empezar, los precedentes culturales de vieja data son los que proporcionan el escenario para la violencia.<sup>8</sup> Además, es probable que haya diferencias de roles, aun en los grupos más pequeños. El papel de los líderes puede jugar un desempeño crítico. Los líderes pueden haber llegado a su posición por su encarnación de los valores del grupo, o por haber inculcado al grupo sus valores, o por ambas cosas. O quizás sean meros representantes del grupo en sus negociaciones. En algunas circunstancias, la psicología de los líderes puede ser crucial.

Detrás de los líderes diferenciados, los demás individuos no son tampoco unidades idénticas, y es posible que po-

sean muy distintas personalidades. En un estudio sobre la violencia en las poblaciones de Sudáfrica antes de finalizar el *apartheid*, Straker<sup>9</sup> identificó los siguientes tipos en los grupos de «juventudes»:

*Líderes*: Equilibrados, idealistas, dedicados, preparados, populares. Poseedores de ideas independientes.

*Seguidores*: En busca del papel de héroes guerreros, perseguidores de ideales ególatras. Inestables. Podrían llegar a ser líderes. Potencialmente temerarios.

*Conducentes*: Poco sentido de identidad personal, se definen a través de su pertenencia al grupo. Podrían ser líderes, pero sin intervenir ni modificar las tendencias grupales.

*Conformistas*: Motivados por su conformidad social, más que por ideales. Buscan la aceptación del grupo, la camaradería, pero sin involucrarse emocionalmente.

*Coincidentes psicológicos*: Antisociales, dispuestos a justificar políticamente acciones delictivas. El grupo los percibe negativamente.

Estas personalidades diversas participan en la acción grupal, en parte porque la acción grupal satisface sus necesidades particulares; pero la cohesión puede aumentar en respuesta a fuerzas externas: por el mero hecho, por ejemplo, de ser tratados como grupo, o si se

consideran injustamente tratados por los medios de opinión.

Por supuesto, muchos de los factores que influyen en la agresión individual influyen también en la agresión grupal, pero aquí aparecen factores sociales adicionales. Para algunos fines, los grupos pueden personificarse y tratarse como entidades individuales, pero la dinámica de las relaciones internas del grupo puede ser tan importante como las relaciones entre grupos. Como vamos a ver, la agresión individual tiene sólo una importancia menor en la guerra moderna institucionalizada.

### **La guerra institucionalizada**

La agresión individual, la agresión grupal y la guerra entre naciones que aquí estamos discutiendo deben verse como puntos de un *continuum* de complejidad creciente, con muchas posiciones intermedias. A lo largo del tiempo, desde las guerras griegas hasta la segunda guerra mundial, ha habido un incremento en la complejidad, en la diversidad de los roles de los entes involucrados, en la potencia destructiva de las armas, y en el papel de la población civil.<sup>31</sup> Y en el siglo XX ha habido toda clase de situaciones intermedias, desde conflictos tribales en Nueva Guinea hasta el borde de una guerra total. Los conflictos recientes de Ruanda y

la antigua Yugoslavia, así como la continua violencia en el País Vasco y en Irlanda del Norte, tienen características tanto de conflicto intergrupal como de guerra institucionalizada. Este último extremo del *continuum* puede distinguirse, no obstante, mediante tres criterios.

En primer lugar, la guerra institucionalizada comporta un conflicto entre sociedades, cada una de las cuales es compleja en sí misma y está conformada por múltiples grupos superpuestos. Las negociaciones entre combatientes potenciales no se realizan entre estados nacionales unificados, sino entre amplias burocracias que representan diversos intereses.<sup>32</sup> De hecho, el mantenimiento de la integridad grupal en cada uno de los bandos es una de las principales preocupaciones de los líderes.

En segundo lugar, el rol de los líderes es prominente, ya sean líderes políticos o militares, a todos los niveles.

Tercero, y más importante, la guerra conlleva un grado máximo de diferenciación de roles. La guerra debe verse como una institución con un amplio número de roles constituyentes: políticos, generales, oficiales, soldados, obreros militares, obreros de transporte, vigías de incursiones aéreas, médicos, enfermeras, y muchos otros. De hecho,

cada miembro de la población civil se convierte virtualmente en participante en una guerra total. A cada rol le corresponden derechos y deberes específicos, y son estos deberes del individuo, dentro del rol que le es asignado en la institución de la guerra, los que básicamente motivan su comportamiento. La satisfacción del deber cumplido contribuye a su autoestima.

Las motivaciones responsables de la agresión individual desempeñan un escaso papel en la guerra total. La esperanza de ganancia material no es en absoluto importante entre los combatientes. La esperanza de alcanzar un mejor *status*, conferido por la institución de la guerra mediante ascensos o condecoraciones, puede tener una importancia secundaria. Sin duda, el miedo desempeña una importante función, motivando al sujeto a la agresión como forma de defensa; aunque el estímulo excesivo asociado al miedo reduce la eficiencia militar.<sup>33</sup> Los aspectos relativos a la formación y a la dinámica de grupos que se discutieron antes son, desde luego, relevantes en todos los niveles de la compleja organización de las sociedades involucradas en la guerra. La lealtad y la disponibilidad a cooperar con los camaradas tendrán máxima importancia, aunque ello no sea más que una parte de los deberes del

combatiente. Pero la motivación agresiva rara vez tiene una función importante en la guerra entre naciones, y cuando la tiene, como sucedió en My Lai, con frecuencia se le condena. Es más probable que la agresividad juegue un papel en las interacciones a corto plazo, especialmente en las guerras étnicas y religiosas, pero la motivación básica proviene del deber asociado al rol que se desempeña en la institución de la guerra. La guerra entre naciones puede ser causa de agresión, pero la agresividad no causa la guerra.

Como hemos visto, la mayoría de los análisis efectuados sobre las causas de la guerra han enfocado factores sociales, socioculturales o económicos; rara vez se hacen consideraciones psicológicas, salvo quizás sobre la personalidad de los líderes. Esos enfoques descuidan un aspecto importante: tanto apreciaciones racionales, como el estudio histórico y la experiencia personal, todo ello testimonia el horror de la guerra. A despecho de lo cual, las guerras siguen sucediéndose. Así pues, por razones que sin duda deben ser investigadas, las guerras son vistas como una manera aceptable de resolver conflictos. Deben ser fuerzas poderosas las que respaldan la institución de la guerra. Los párrafos que siguen presentan algunos de los aspectos involucrados bajo estas consideraciones.

### **El trasfondo de la vida cotidiana**

Muchos de los que van a la guerra encuentran una realidad muy distinta de la que esperaban,<sup>34,35</sup> basándose en parte en apreciaciones extraídas de la vida cotidiana:

*El habla común:* En años recientes, los esfuerzos por despojar al habla cotidiana de indicios de discriminación sexual han tenido cierto éxito. Sin embargo, ha habido pocos intentos de eliminar alusiones a situaciones bélicas. Podría argumentarse que expresiones como «estar atrincherado», «montar un parapeto», «flanquear al oponente», o incluso consignas tan animosas como «la guerra a la pobreza» o «combatir las enfermedades» son tan insidiosas en mantener la aceptabilidad de la guerra como las expresiones sexistas lo han sido en perpetuar la discriminación de sexos. Especialmente notable es el modo en que se emplean comparaciones extraídas de la milicia para hacer valoraciones: «comportamiento honorable», cuando la honorabilidad, tradicionalmente, es una virtud militar; «la lucha por la vida», o «no rendirse ante la adversidad»... Aun cuando el uso de expresiones sexualmente discriminativas o alusivas a la guerra no sea más que un símbolo del *statu quo*,

reconocerlas como lo que son puede ayudar a tomar conciencia de su influjo.

*Eufemización:* Los escritos sobre la guerra han sublimado con frecuencia los horrores, ennobleciendo a los combatientes. En la primera guerra mundial, la frecuente eufemización ayudó a ocultar las crudas realidades: *los muertos* eran «los caídos», los *otros soldados*, «camaradas», etcétera.<sup>36</sup> Libros y películas,<sup>37</sup> con honorosas excepciones, suprimían el horror enfatizando el heroísmo: mostraban el triunfo de la victoria pero no el dolor de la derrota, el drama del conflicto pero no la agonía de la muerte lenta, la bravura de los sobrevivientes pero no la pérdida definitiva de los despojados.

Al mismo tiempo, la guerra es trivializada y parodiada:<sup>35</sup> mangos de paraguas con forma de granadas, encendedores que simulan pistolas, juegos de mesa inspirados en combates militares, soldaditos de plomo y demás, que reducen la guerra a una agradable nostalgia. Aun peor, ciertos escritores creen encontrar virtudes positivas en el hecho de la guerra. Mansfield<sup>2</sup> (1991: 161) ha escrito: «*La experiencia estética de lo sublime en los campos de batalla del siglo XX otorga sentido emocional, si bien momentáneo, a nuestro mecanicista y anómico modo de vida.*» Se ha visto otro ejemplo en los grabados y pinturas del artista alemán

Otto Dix sobre el tema de la guerra: no sólo exhibe el horror —se ha dicho—, sino su reverencia por la guerra como principio cósmico (véase la crítica de Midgley<sup>38</sup>). No obstante, para aquellos familiarizados con la cruda inmediatez del trabajo de Dix, será evidente que tal ambigüedad reside sólo en la mirada de quien contempla su obra desde la postguerra.

*Educación:* En 1974 la UNESCO recomendó a sus estados miembros fomentar la educación para la paz, lo que ha sido ignorado en gran medida. Finlandia, entre muy pocos países, ha tratado de implementarla. Por el contrario, la historia, al menos a nivel elemental, suele enseñarse como una secuencia de guerras y conquistas, defendiendo los valores militares.<sup>39</sup>

*Juguetes bélicos:* Los juguetes bélicos, en los países en paz, comunican al niño la idea de la guerra, principalmente aprovechando el atractivo de los artefactos mecánicos para los varones. Contribuyen a crear la impresión de la guerra como actividad normal, en lo que colaboran la mayoría de los adultos.

*Chauvinismo masculino:* Quizás sea una forma de rivalidad sexual (tal vez originada en experiencias de la infancia<sup>40</sup>) lo que lleva a los hombres a ver la guerra como asunto específicamente

masculino: «Ningún hombre de verdad deja que una mujer lo defienda.» También se piensa que las tropas masculinas protegen a las mujeres propias, y violan a las del enemigo para quebrantar su disciplina. Rechazando otros argumentos que a veces se plantean, Mansfield<sup>2</sup> señala la importancia de las cualidades femeninas en los buenos líderes (véase más arriba), y que la biología femenina es un costo menor que la propensión de los hombres a emborracharse o a las drogas. Sin embargo, el punto importante no es si las mujeres son tan eficientes como los hombres en las guerras modernas, sino si la suposición de que la guerra es prerrogativa masculina la hace más probable cuando son los hombres los que deciden, como es generalmente el caso. Las mujeres tienden a valorar la paz más que los hombres, pero rara vez participan en los procesos de decisión para determinar si se irá o no a la guerra.<sup>41,42</sup> Las mujeres que alcanzan posiciones de poder con frecuencia lo logran por sus características masculinas.

*Reconstrucción personalista:* Todos reconstruimos narrativamente nuestras vidas de conformidad con nuestra experiencia actual, pero ese relato puede tener una conexión tenue con la realidad de los acontecimientos (véase, por ejemplo, ref. <sup>43</sup>). Probablemente sean mayoría los que olvidan o minimizan el horror, realizando

en cambio la camaradería y reconstruyendo historias personales que justifican y glorifican su participación. Sin duda que aquí intervienen mecanismos psicológicos de defensa. Aquéllos para quienes la realidad mantiene su vigencia, suelen reservársela para sí mismos.

### **Factores culturales penetrantes**

Contribuyendo, a la vez que realizados por los factores cotidianos, hay aspectos de la estructura sociocultural que afectan la orientación de los individuos:

*Caracteres nacionales:* Nietzsche concibió la vida del guerrero como encarnación de lo mejor de la vida humana, y su influencia no fue despreciable en la Europa central. Algunos países tienen una larga historia de beligerancia; otros, como Suiza, de neutralidad. Estas características nacionales tienden a perpetuarse a través de la estructura sociocultural y la propaganda política. No obstante, otros, como Suecia, han cambiado de nación guerrera a pacífica.

*Religión:* Examinando las religiones del mundo, Thompson<sup>44</sup> ha encontrado que, aunque virtualmente todas predicán la paz, con frecuencia han apoyado una actitud de «nosotros contra ellos». Muchas guerras han sido calificadas de guerras santas, mientras casi todas han utilizado imágenes religiosas para

justificar la causa nacionalista. En las dos guerras mundiales, ambos bandos usaron lemas como *Gott mit uns* o *In God we trust*. En las sociedades ateas, la santificación del sistema ha sustituido a la deidad, como el comunismo en la Unión Soviética.

La relación entre el cristianismo y la guerra ha sido compleja. El antiguo testamento, en conexión con lo que en realidad eran conflictos tribales, abunda en sangrientas batallas. En la iglesia cristiana se alude al creyente como «soldado de Cristo», y el *Apocalipsis* recurre constantemente a imágenes de guerra y muerte. A pesar de ello, los primeros cristianos fueron esencialmente pacifistas, adoptando el militarismo sólo en el siglo IV, con la conversión del emperador Constantino. Ello planteó un problema al que respondió san Agustín, quien intentó justificar la contradicción mediante una justificación moral de la participación de los cristianos en la guerra, bajo el concepto de «guerra justa».<sup>45,46</sup> Una guerra era considerada «justa» si era necesaria para vengar agravios o para mantener la justicia terrena. La tradición de la guerra justa legitimó desde entonces al menos algunas guerras, mientras se flexibilizaban sus criterios en función de aspiraciones políticas y de la naturaleza indiscriminada de las armas modernas, ayudando así a man-

tener la institución de la guerra a lo largo de siglos.

En las dos guerras mundiales, cada bando utilizó imágenes del cristianismo para hacer aparecer la guerra aceptable y necesaria. Especialmente poderosa fue la equiparación de la muerte en combate con el sacrificio de Cristo en la cruz: «Ningún hombre tiene más amor que el que da la vida por sus hermanos [...]», es la inscripción que reza en muchos monumentos de guerra. Con frecuencia se presenta una espada sobre una cruz en cementerios y monumentos militares. La estrecha relación entre las imágenes de la muerte de Cristo en la cruz y la muerte en el campo de batalla ha sido demostrada por Mosse<sup>35</sup> y por Sykes.<sup>47</sup> La muerte de Cristo se representa en el cristianismo como un sacrificio, y el ritual que lo conmemora es el sacrificio eucarístico. La muerte en la guerra es representada en términos similares: por ejemplo, un cartel de propaganda mostraba un soldado muerto con un limpio y estilizado agujero de bala en la frente, yaciendo al pie de la cruz. Mosse<sup>35</sup> (1990: 35) lo expresa de esta manera: «*Los caídos fueron sacralizados en imitación de Cristo.*» Hitler empleó también, similarmente, el lenguaje del sacrificio para inspirar en el pueblo alemán la tolerancia de las pérdidas en nombre del *Volk* germánico. Sykes<sup>47</sup> (1995:

97) se esfuerza por señalar las muchas contribuciones positivas que se deben a la religión cristiana, incluyendo el «*mandamiento de amar al enemigo (esto es, resistir la despersonalización)*».

Otras religiones han tenido efectos aun más devastadores al fomentar la institución de la guerra. Watson<sup>48</sup> (1995: 167), al analizar los testimonios de soldados del mundo árabe musulmán y de Irlanda del Norte, señala que «*el lenguaje del combatiente difumina las fronteras entre lo sagrado y lo secular, lo religioso y lo político, al describir y situar cuestiones temporales dentro de un marco religioso*». La lucha por la causa justa de un nuevo sistema sociopolítico es definida en términos de creencia religiosa, identidad personal y convicción política.

*Legislación internacional:* La tradición de la guerra justa está en la base de las modernas leyes internacionales, en lo que respecta a la guerra. La legislación distingue entre el derecho a ir a la guerra y la conducta en la situación de guerra, una vez que ésta se ha iniciado. El primer punto ha sido muy descuidado en los últimos siglos, de manera que el derecho a iniciar la guerra casi llegó a no tener restricciones. Después de la primera guerra mundial se impusieron algunas restricciones a este derecho. Y al finalizar la segunda, la carta de las Naciones Unidas

estableció que el uso de la fuerza para resolver disputas internacionales sería prerrogativa de las Naciones Unidas, salvo en el caso de que un estado fuese víctima de un ataque armado. La historia reciente demuestra la limitada efectividad de esta normativa. De cualquier manera, en lo que respecta a la conducta en caso de guerra, las leyes internacionales prevén la protección de los derechos humanos básicos. La efectividad de la Corte Internacional de Justicia está aún por demostrarse; esperamos que tenga éxito, pero también que ese éxito no sea interpretado como indicación de que la guerra puede ser «limpia» y, por tanto, permisible.

*Propaganda política:* Visto desde lejos, lo más sorprendente de la guerra moderna es que haya individuos dispuestos a combatir, y hasta a dar sus vidas en la lucha, mientras otros dedicarán largas horas o abandonarán sus carreras para apoyar la guerra. Todo el que ha estado en la guerra, incluyendo quienes han vivido en un país en guerra, reconocerán sus horrores y, sin embargo, este mensaje, por alguna razón, no llega. Uno debería preguntarse qué es lo que da a los reclutas esa falsa imagen de la guerra.

Parte de la explicación reside en la forma en que las tradiciones nacionales, las creencias religiosas y las exigencias de

la situación actual son canalizadas hacia el nacionalismo. Aquí es conveniente distinguir entre patriotismo, que es el amor por el propio país, y nacionalismo, que envuelve actitudes de superioridad o de necesidad de poder sobre otros grupos nacionales. Feshbach<sup>49</sup> (véase también ref. <sup>50</sup>) ha mostrado la diferencia entre estas actitudes, aunque están positivamente correlacionadas. En investigaciones realizadas en Estados Unidos durante la época de la guerra fría, se encontró que los sujetos a los que, según los cuestionarios, podía atribuírseles un alto grado de nacionalismo, se hallaban más inclinados hacia el uso de armas nucleares, pero menos dispuestos a arriesgar sus vidas por su propio país, que los que obtenían alta puntuación en patriotismo. Estos resultados son consistentes con las distinciones realizadas en estudios de dinámica de grupos.<sup>12</sup> La discriminación entre los miembros del propio grupo y los de afuera puede provenir de un favoritismo exaltado hacia los compañeros de grupo sin que haya cambios de afecto hacia los otros; o en la denigración de los que se ven como distintos; o cuando se aprecia competencia entre los grupos. Al parecer, los sujetos patrióticos son los más sensibles a la primera condición y los nacionalistas a la segunda, mientras la situación de guerra envuelve inevitablemente la tercera.

Todo ello, sin embargo, nos devuelve al punto anterior: ¿qué es lo que mantiene estas actitudes, ya sean patrióticas o nacionalistas? Porque, dado que ambas están relacionadas, las fuerzas que preservan el patriotismo pueden ser las mismas que preservan el nacionalismo. Desde luego, naturalmente, deben mantenerse las creencias culturales y el amor por el propio país, a la vez que debe valorarse la diversidad cultural por sí misma: la cultura uniforme de la Coca-Cola no es una perspectiva deseable. Pero, desafortunadamente, hábitos como saludar la bandera y cantar el himno nacional no sólo exaltan el amor por el propio país, sino también (aunque quizás en menor grado) la comparación y la denigración de los otros.

Ya hemos invocado las bases psicológicas del patriotismo/ nacionalismo. La integración de los miembros del grupo aumenta a través de los símbolos patrióticos, como las banderas, y del ritual de los desfiles y las ceremonias. En los grupos militares se fomenta un tipo de unidad familiar. En un panorama más amplio, el país se presenta como la patria o la madre hogar, y los demás soldados son hermanos en armas. Johnson<sup>51,52</sup> ha sugerido que el patriotismo depende de una percepción inconsciente del paisano o compatriota como familiar, fundándose en una propensión biológica a asistir a los

individuos relacionados. Los datos recogidos provenientes tanto del mundo animal como humano, apoyan el punto de vista de que la familiaridad aumenta la propia atracción hacia los demás individuos.<sup>53,54</sup> Es también probable que la selección natural juegue un papel en la solidaridad grupal, independientemente de la familiaridad.<sup>55</sup> En cualquier caso, los procesos de socialización y los rituales sociales, en particular los militares, potenciarían ese efecto.

La calificación del enemigo como tal conduce inmediatamente a estereotipos y prejuicios: a un individuo perteneciente a una categoría se le achacan las cualidades típicas que la caracterizan,<sup>56</sup> características que suelen verse (en diferente medida) como relacionadas entre sí. Los sujetos más o menos prejuiciosos difieren en la medida en que asocian las características estereotípicas con las categorías respectivas.<sup>57</sup>

El nacionalismo se incrementa con la denigración del enemigo; y así, la propaganda lo presenta de distintas maneras calculadas para aumentar los sentimientos de hostilidad.<sup>58,59</sup> De este modo se explota una variedad de tendencias humanas. Lo más frecuente es presentar al enemigo como agresor y, por lo tanto, culpable del conflicto, a quien hay que temer y combatir. La culpa puede ser

acentuada asociando implícitamente al enemigo con el mal, e incluso puede presentársele como el Diablo o el Antidios. La culpabilidad y el temor ante sus poderes se realzan a veces presentándolo como bárbaro, destructor de la cultura o voraz, intentando apoderarse de lo que, por derecho, pertenece a otros. En seguida se apela al racismo para denigrarlo aun más. Esto resulta muy familiar a los occidentales, por la diferencia entre la representación que los aliados hicieron de los alemanes y de los japoneses, aun antes del salvajismo de la guerra del Pacífico. Recíprocamente, los japoneses vieron la guerra como «justa venganza, tras décadas de condescendencia y discriminación por parte de los poderes «blancos», cuya naturaleza «demoníaca» quedaba demostrada por la destrucción de los japoneses caídos en la guerra y en el bombardeo sistemático de áreas urbanas de Europa y de Japón».<sup>60</sup>

La extraña imagen que se suministra así del enemigo inspira evocaciones de temor que recurren también, por otra parte, a tendencias humanas básicas. Los infantes empiezan a mostrar miedo a los extraños en la segunda mitad del primer año de edad,<sup>61</sup> lo que de alguna manera tiende a persistir a lo largo de toda la vida. El miedo y la atribución de culpabilidad al enemigo se suscitan presentán-

dolo como criminal, anárquico, terrorista, e incluso como torturador y violador. Por supuesto, ello requiere alguna forma de balance, ya que no conviene mostrar al enemigo como invencible.

Los humanos no tienden a matar inopinadamente a otros seres humanos, por lo que en los enfrentamientos tribales, especialmente en las batallas formales, más que en incursiones y emboscadas, las matanzas son con frecuencia limitadas.<sup>62</sup> En las guerras modernas, esa inhibición a matar puede estar disminuida, principalmente cuando no se ve al enemigo y éste está lejos, como suele ser el caso, lo que ejemplifican los bombardeos por áreas en Europa y Asia, el empleo de armas atómicas, y el uso de defoliadores y napalm por Estados Unidos en Viet Nam. Pero la guerra moderna todavía involucra, ocasionalmente, la lucha cuerpo a cuerpo, y el miedo puede entonces ayudar a superar las inhibiciones a matar, como también lo hacen las condiciones prolongadas de peligro y frustración.<sup>63</sup> Aquí también cobran importancia los aspectos bajo los cuales se presenta la imagen del enemigo. Su culpabilidad permite al soldado justificar su muerte; y representarlo como bestia, reptil o insecto hace aparecer legítima su exterminación. Matar también se justifica haciendo de la guerra expresión de solidaridad

social en defensa del hogar, la religión, el estilo de vida; lo que conduce a considerar traidores a los objetores de conciencia.

La mayoría de las imágenes usadas en la propaganda simbolizan al enemigo como individuo, ya sea humano o no, lo que inmediatamente reduce el conflicto a términos individualmente aceptables. Pero la creciente impersonalidad de la guerra moderna ha llevado a despersonalizarlo a veces, presentándolo simplemente como un arma: un bombardero, o un misil nuclear. Esto también aporta respetabilidad a la agresión: la guerra aparece entonces como un mero juego de computador. Aquí quizás haya un eco de la antigua tradición de la guerra como conflicto caballeresco entre héroes, como un torneo entre jinetes o samurais.

Un aspecto importante de tal propaganda es que, al mostrar al enemigo como bárbaro, malvado, voraz, etc, al mismo tiempo decimos que *nosotros* somos civilizados, justos... enalteciendo la propia imagen en contraste con la opuesta. La imagen que se ofrece del enemigo puede servir también de otra manera a los propios intereses. En los siglos IX al XII, los narradores irlandeses presentaban a los merodeadores vikingos no sólo como agresivos y rapaces, sino como profanadores de lo sagrado, salvajes que raptaban

mujeres inocentes, forzando a los monjes a romper sus votos y sobrepasando a las bestias en brutalidad, tan incivilizados que orinaban sobre las cabezas de sus prisioneros.<sup>64</sup> La intención parece haber sido no tanto (o no sólo) suscitar el antagonismo hacia el enemigo, sino conservar los intereses de los letrados, que eran en su mayoría monjes. Los vikingos eran el castigo divino por no guardar los deberes religiosos, a la vez que proporcionaban la ocasión de glorificar a los propios reyes por vencer a tales adversarios.

### **La guerra como institución de un conjunto de instituciones**

Hasta aquí hemos hablado de la guerra como una institución con un gran número de roles constituyentes, pero ésta es una imagen excesivamente simple. En la guerra moderna nos encontramos con un conjunto institucionalizado de instituciones componentes. Eisenhower<sup>65</sup> se refería al peligro de que el complejo militar industrial aumentara el riesgo de guerra, y quizás resulte aun más apropiado hablar del complejo científico-militar-industrial, donde cada miembro de este trío debe verse como un conjunto componente de instituciones interrelacionadas. Cada uno de ellos posee una gran inercia, y es mantenido por su pro-

pio conjunto de factores específicos; aunque hay un factor común a todos: las ambiciones personales y la propia inercia de los individuos que los conforman. Sin duda, estos elementos resultan incrementados en muchos casos por sentimientos de lealtad y patriotismo, los cuales aumentan a su vez en función de viejas tradiciones patrióticas y por efecto de la propaganda política.

### **Los efectos psicológicos de la guerra**

Será conveniente mantener la discusión aquí tanto a nivel de sociedad como de individuo, si bien, como ya se ha señalado, es de esperar que aparezcan continuas relaciones dialécticas entre ambos.

#### *El nivel social*

El alcance y la manera en que la guerra se mantiene en la conciencia nacional dependen de una variedad de factores, históricos y actuales, que cambian con el tiempo. Sin embargo, conservan su importancia ya que influirán en el curso futuro de los acontecimientos. Por ejemplo, a pesar de su derrota, y de la matanza y el sufrimiento por los que habían pasado, los alemanes en los años 20 veían con nostalgia su antigua unidad nacional, sintiendo (o acaso sólo recordando) la excitación y el bienestar de los

años de guerra —aunque quizás ésta era su reacción ante los conflictos de clase y otros problemas de la República de Weimar. Los nazis supieron explotar estos sentimientos, utilizando símbolos militaristas que realizaban la lealtad nacional.<sup>2</sup>

Consideremos más detalladamente dos ejemplos algo distintos. El primero concierne a la manera en que el recuerdo de la ocupación alemana se ha mantenido con más tenacidad en Holanda que en los países vecinos, como ha documentado e interpretado Dunk.<sup>66</sup> Durante algunos años después de terminar la guerra, la memoria colectiva en Holanda permaneció enfocada en la crueldad del enemigo, el heroísmo de la resistencia, y el dolor por las víctimas. Había una distinción bastante clara entre los buenos y los malos. El largo período de paz que los holandeses habían disfrutado antes de la guerra y su inclinación al orden legal, condujeron a la indignación contra los criminales de guerra y los colaboradores, que de algún modo habían permanecido más silenciosos que en los países vecinos. Pero hubo también una sana tendencia a olvidar el doloroso pasado y a centrar la atención en los problemas de la postguerra, como la guerra fría y el futuro de Europa. Para los años 50 fue como si los recuerdos del pasado se hubiesen aletargado.

Pero en la década de los sesenta se volvió otra vez la vista atrás. La generación de adultos jóvenes de los 60 cuestionó la imagen en blanco y negro de los años de guerra, y hubo una toma de conciencia de que el colaboracionismo y el fascismo habían penetrado la sociedad más profundamente de lo que se había pensado. Se generó una actitud más realista frente a la pasividad de la mayoría durante la ocupación, y hubo una mejor apreciación de la complejidad de la situación durante los años de guerra. Al mismo tiempo, nuevos juicios por crímenes de guerra y nuevas publicaciones llevaron otra vez los horrores del holocausto al centro de la atención pública. Como resultado, los recuerdos de la guerra recobraron su vivacidad. La recuperación de la República Federal de Alemania, todavía gobernada por una generación que había tolerado a Hitler, se volvió causa de preocupación. La Fundación Anna Frank y otras instituciones similares mantenían vivos los sufrimientos de la ocupación, por lo que resurgieron sentimientos contra los alemanes. Éstos fueron exacerbados por el hecho de que Alemania no parecía dar señales de arrepentimiento, de acuerdo a los patrones calvinistas holandeses. Novelas y películas, así como monumentos y conmemoraciones, sostenían esa imagen de la guerra en la conciencia pública. Los ho-

landeses habían logrado mantener el papel de espectadores ante las luchas europeas por el poder durante los pasados cien años, y Dunk sostiene que el terror y la crueldad de los años de la guerra fueron un duro golpe no sólo para su conciencia nacional, sino también para su creencia de que los humanitarios principios cristianos y de tolerancia, sobre los que se fundaba originalmente la nación holandesa, proporcionaban una guía segura a las políticas públicas. Debido a que la guerra representó tan duro golpe a la apreciada seguridad de su «pacífica, algo introvertida y anticuada sociedad», «la guerra y la ocupación siguen ejerciendo esa precisa y perpleja fascinación para los holandeses» (ref. <sup>66</sup>, p. 38).

El segundo ejemplo es la activa hostilidad en Chipre, donde los enfrentamientos violentos entre chipriotas griegos y turcos se han venido sucediendo durante muchos años.<sup>67</sup> La manera en que se ha mantenido el conflicto está ejemplificado en los dos «museos de la lucha nacional» a ambos lados de la dividida ciudad de Nicosia. Cada uno de estos museos presenta el pasado como una narración de la lucha nacional contra el otro bando. El museo griego inicia la historia de Chipre con los colonizadores micénicos en el 1400 a.C., mientras el turco parte de la expansión del Imperio Otomano en el año 1573 d.C. El museo

turco muestra la violencia de los enfrentamientos étnicos de 1963-67 enfatizando el sufrimiento turco-chipriota; mientras la versión griega, justificando la idea de una posible unificación de Chipre, resta relieve a ese período. Cada relato glorifica a sus propios contendientes, denigrando la barbarie del enemigo y perpetuando, así, el conflicto mientras legitiman las reivindicaciones de autoridad política por parte de sus excombatientes. Ambas facciones logran una «diacrónica transferencia del sufrimiento», por la cual el lamento de las generaciones anteriores pasa a las más jóvenes conservándose durante largo tiempo. Esto es acentuado por los libros de texto escolares, que presentan la historia como constituida por una sucesión de guerras, dando la impresión de que es la guerra, y no la paz, el estado normal de cosas. Los desfiles militares sirven para conmemorar acontecimientos nacionales, con los mismos resultados. Todo ello promueve la violencia como la vía normal para resolver las disputas, mitigando la posibilidad de comprensión hacia el otro bando, sus temores y sufrimientos, y hacia el entendimiento necesario para una solución pacífica.

Debe ser obvio que las memorias colectivas de guerra y sufrimientos pasados se mantienen en la conciencia pública de varias maneras. Un ejemplo más,

no carente de importancia, son los múltiples mensajes transmitidos por los monumentos conmemorativos a los caídos. Aunque su intención primaria sea el recuerdo y el consuelo a los allegados, como ejemplifica en el Reino Unido el frecuente epígrafe «Su nombre permanecerá para siempre», también sirven para dar significación al pasado, una significación relevante para el futuro. Las estatuas pueden representar cualquier cosa, desde la agonía y el sacrificio de la guerra hasta el coraje y el orgullo del vencedor. El poder del bando victorioso puede estar simbolizado por figuras heroicas o por máquinas de guerra. El simbolismo clásico puede usarse para representar la valentía de los caídos.<sup>35</sup> La sencilla inscripción *Tué par les Allemands* [«Muerto por los alemanes»], que aparece en muchos monumentos a los combatientes de la resistencia francesa, parece un comentario implícito sobre la naturaleza del conflicto.

La derrota plantea un problema especial. Mientras la necesidad de recuerdo la cumple la serena dignidad del monumento a Vietnam en Washington, algunos monumentos franceses a la guerra franco-prusiana de 1870 incluyen una insinuación de venganza: a veces un soldado moribundo sostenido por una personificación femenina de la patria que

todavía lleva armas, o una alusión a anteriores tradiciones de triunfos militares...<sup>68</sup>

*Consecuencias psicológicas sobre los individuos*

Desde el reconocimiento de la neurosis de guerra en la primera guerra mundial, y con la aceptación general de que las explicaciones en términos de «fatiga de combate» o «falta de fibra moral» eran inadecuadas, la literatura sobre las consecuencias psicológicas de la guerra ha crecido enormemente. En este breve examen no nos ocuparemos de los efectos indirectos del desvío de recursos a los esfuerzos de guerra,<sup>69,70</sup> la desnutrición,<sup>70</sup> el desplazamiento de la población, con la consecuente pérdida de relaciones personales, la erosión de instituciones culturales estabilizadoras, la disminución de la confianza<sup>71</sup> y demás. Ni revisaremos la literatura sobre la eficiencia de las tropas en combate (véase, por ejemplo, ref. <sup>33</sup>), o acerca de cómo mejorarla. Nuestra discusión se limitará a algunas consideraciones recientes sobre los efectos a largo plazo del combate, y de la exposición de la población civil a la violencia o lo que se percibe como riesgo de violencia.

Los estudios sobre las secuelas de la exposición a la violencia durante la guerra incluyen tanto los casos de sujetos

directamente involucrados en severos combates como los meramente presentes en las zonas de guerra, las familias de los combatientes, y los individuos que solamente han sido expuestos a la amenaza de guerra. Ya que el impacto de la exposición a la guerra depende tanto de la historia previa del sujeto como de sus circunstancias postraumáticas, no resulta fácil aquí hacer generalizaciones.

*Implícación directa en el combate:*

Se halla bien establecido que el hecho de combatir puede tener efectos marcados, más o menos inmediatos; pero para nuestra discusión resulta de mayor interés el hecho de que esos efectos pueden ser de larga duración. Muchos veteranos de la segunda guerra mundial mostraban síntomas todavía 20 años después de su experiencia,<sup>72</sup> generalmente descritos como *stress* postraumático. El desorden de *stress* postraumático (DSPT) involucra la exposición a un factor severo causante de *stress* que genera repeticiones de la experiencia traumática a través de recuerdos o sueños recurrentes; ello aparece asociado con un alejamiento o reducción, por parte del sujeto, de su relación con la experiencia cotidiana, desapego, reducción afectiva, y poco interés por actividades que antes eran significativas; otros síntomas pueden ser estado hiperalerta, perturbaciones del sueño, sentido de culpa

en relación al evento traumático, dificultad de concentración, y evitación o búsqueda deliberada de situaciones reminiscentes del trauma.<sup>73</sup> Es claro que algunos de estos síntomas, como el estado hiperalerta, son adaptaciones al estado de *stress*, pero cesan subsecuentemente. Por el contrario, un estudio sobre veteranos de Vietnam que resultaron afectados por largo tiempo, reveló que los síntomas que se iniciaron con la exposición al trauma fueron aumentando durante los años inmediatos, alcanzando después un estado permanente en el que se hicieron crónicos. En estos sujetos, el abuso de sustancias nocivas fue paralelo al patrón seguido por el desorden.<sup>74</sup>

Un cierto número de estudios recientes ha revelado síntomas de DSPT en soldados norteamericanos, meses e incluso años después de la guerra del golfo.<sup>75</sup> La mitad de una muestra de soldados británicos que habían tenido que manipular cadáveres mostraron síntomas de DSPT seis meses después; la morbilidad fue mayor entre los que sintieron que su vida había estado en peligro.<sup>76</sup> No obstante, es importante advertir que los síntomas generalmente decrecen con el tiempo, y que la mayoría de los veteranos logran superarlos adecuadamente.<sup>77</sup>

La severidad y persistencia de los síntomas se relacionan con una variedad

de condiciones previas a la situación de *stress*. Un amplio examen de veteranos masculinos de Vietnam mostró que la existencia de experiencias traumáticas antes de la guerra (accidentes, asaltos, desastres diversos) permitía prever la condición de DSPT, así como la acentuación de los síntomas en quienes habían estado en severos combates. La inestabilidad familiar y el comportamiento antisocial infantil tenían también efectos indirectos. La inestabilidad familiar tuvo también efectos indirectos en las mujeres que habían estado en Vietnam.<sup>78</sup> Los hechos acontecidos en la niñez acentuaron los efectos del cautiverio como prisioneros de guerra en el DSPT, así como otros síntomas, en una muestra de soldados israelíes 18 años después de las hostilidades.<sup>79</sup> La indigencia entre los veteranos de Vietnam resultó estar directamente relacionada con la carencia de apoyo social al retornar a la vida civil, así como con desórdenes psiquiátricos y el abuso de sustancias nocivas, tanto como con factores premilitares, incluyendo traumas infantiles y la atención recibida durante la niñez.<sup>80</sup>

*Efectos sobre los civiles en la zona de guerra:* La guerra moderna involucra tanto a soldados como a civiles, quienes también están expuestos a los efectos psicológicos, que pueden ser acentuados

por la interrupción de los servicios médicos y sociales;<sup>70</sup> pero lo que aquí nos interesa son los efectos de la violencia o de la amenaza de violencia sobre el individuo o la familia.

Tal como sucede con el personal militar, sólo una parte de los sujetos expuestos resultan afectados según los instrumentos de detección usualmente empleados, aunque pueden haberse pasado por alto ciertos efectos subclínicos; y en los actuales momentos es urgente explorar las consecuencias sobre la moral y las funciones cognitivas.<sup>81</sup> Entre los individuos afectados, los síntomas pueden ser inmediatos y a largo plazo. Adultos y niños experimentan ansiedad e insomnio, aunque estos síntomas pueden disminuir si la situación de *stress* se mantiene durante semanas o meses.<sup>82</sup> No es de sorprender que los efectos estén relacionados con la severidad del trauma. Una alta proporción de refugiados expuestos a bombardeos desarrollaron DSPT;<sup>83</sup> y un estudio realizado en niños libaneses reveló que los síntomas de DSPT eran más severos en los que habían pasado por múltiples situaciones traumáticas, los que habían sido víctimas de actos de violencia o despojo, habían presenciado actos de violencia, sufrido bombardeos o estado en situaciones de combate<sup>84</sup> (véase también ref. <sup>85</sup>). En Kuwait, más del 70%

de los niños «medianamente» expuestos a atrocidades mostraron DSPT en grado moderado a severo meses más tarde.<sup>86</sup> Los niños libaneses expuestos a bombardeos fueron más afectados que los que no habían pasado por esa situación.<sup>87</sup> Los desórdenes de *stress* postraumático entre los civiles internados por los japoneses se mantuvieron durante muchos años en una proporción significativa de individuos, asociándose con una salud física disminuida, especialmente en los internados de mayor edad.<sup>88</sup>

Mucha de la evidencia actual referente a los civiles, proviene de guerras recientes o de ataques aéreos. Aunque el trauma experimentado fue mucho menor que el que sufrieron los ciudadanos de Leningrado, Londres, Hanover, Dresde o Tokio, por no mencionar Hiroshima o Nagasaki, durante la segunda guerra mundial, las consecuencias han sido extensamente investigadas, y son de considerable interés, mostrando que aun en estos casos los efectos pueden ser severos. Los niños israelíes y sus madres que fueron trasladados tras la destrucción de sus casas por los ataques de misiles *Scud* exteriorizaron y revelaron más síntomas de *stress* que los que no tuvieron que mudarse.<sup>89</sup> Algunos estudios indican que la distancia del lugar de residencia al punto de impacto del misil más cercano carece de

importancia (ver también refs. <sup>90</sup> y <sup>91</sup>), pero otros señalan que la proximidad del peligro puede ser importante; sin duda, aquí juegan complejas relaciones de habituación y capacidad de respuesta.<sup>92</sup> Una complicación adicional es que la conciencia de la propia ansiedad aumenta con el riesgo sólo hasta un cierto punto;<sup>93</sup> al aumentar el peligro más allá de ese límite, el individuo adopta mecanismos de defensa que lo alejan de la realidad: apatía, dependencia de la autoridad, negación, cinismo, y otros.

Al igual que sucede con los soldados, las consecuencias de la exposición a la violencia dependen de una variedad de factores independientes, muchos de los cuales pueden verse como la agudización de condiciones preexistentes: experiencias traumáticas previas, miedo infantil a separarse de los padres, etc. En estudios realizados en la población israelí, se han identificado como factores relevantes para los adultos de edad mediana avanzada y los mayores, el estado subjetivo de salud, la percepción de apoyo social, el sexo, la edad y la observancia religiosa,<sup>91</sup> así como las situaciones de *stress* anteriores a la guerra en los inmigrantes israelíes recientes;<sup>90</sup> siendo probablemente importante el número total de factores de riesgo. Los adolescentes pueden ser especialmente susceptibles,<sup>94</sup> aunque algunos

datos sugieren que los varones son más susceptibles en la primera niñez, y las chicas en la adolescencia (véase ref. <sup>8</sup>); estas diferencias pueden variar con la naturaleza de la experiencia.<sup>81</sup>

En el caso de los niños, los efectos a largo plazo de la exposición a la violencia dependen en parte de la presencia de adultos que puedan aportar seguridad y protección, proporcionando una clara interpretación de los hechos, y que no muestren señales marcadas de trastorno emocional —un rol no siempre fácil para quienes han estado, ellos mismos, expuestos a situaciones de peligro que pueden fácilmente distorsionar la propia naturaleza de las relaciones de familia.<sup>85,95</sup> Los niños que fueron evacuados de las ciudades británicas y separados de sus familias mostraron más síntomas de *stress* que los que pudieron permanecer con ellas durante el período que duraron los ataques aéreos<sup>96</sup> (véase también ref. <sup>92</sup>). Desde la segunda guerra mundial se sabe que los amigos y compañeros desempeñan también un papel importante en aminorar los efectos de las situaciones de *stress* y desolación,<sup>97,98</sup> y los niños pueden verse afectados por la disrupción social y la separación de sus compañeros que resultan del toque de queda o el cierre de las escuelas.<sup>99</sup> Cairns y Dawes han enfatizado la probable contribución

que, en tal sentido, puede hacer la comunidad en general.<sup>81</sup>

Para niños y adultos, los efectos que puedan tener las condiciones de vida bajo tensión dependen de cómo se interpretan. Varios estudios han mostrado que los adultos con un fuerte sentido religioso o ideológico soportan mejor las condiciones de cautividad o las tensiones de la guerra. En estudios realizados con jóvenes sudafricanos, Straker *et al.*<sup>100</sup> hallaron que la violencia se veía como menos problemática cuando parecía tener sentido en términos de valores profundos. Y en un estudio de niños pertenecientes a áreas de alta y baja tensión en Israel, Punamâki<sup>101</sup> encontró que la exposición a la violencia o la pérdida incrementaba los síntomas de ansiedad e inseguridad, la depresión y el sentimiento de fracaso entre los niños con pocos principios ideológicos, pero no en aquéllos con una fuerte noción de compromiso.

*Efectos indirectos y a distancia:* La guerra puede también afectar a personas que se hallan lejos de la zona en conflicto: las familias se separan, dificultándose su cohesión; las tasas de divorcio tienden a aumentar.<sup>102</sup> Los niños norteamericanos cuyo padre o madre fue enviado al Golfo Pérsico manifestaron depresión, si bien los síntomas no fueron severos al tratarse de niños sanos.<sup>103</sup> En otro estudio, los

cónyuges sufrieron de aflicción, y los niños internalizaron esos síntomas.<sup>104</sup> Estos efectos pueden durar largo tiempo.<sup>105</sup>

Los conflictos políticos duraderos, como los que hubo en Sudáfrica con el *apartheid*, pueden estar asociados con violencia criminal. Sin embargo, aunque muchos de los individuos que estuvieron bajo condiciones de violencia desarrollaron síntomas de *stress*, no hubo evidencia de que quisieran condonar la violencia, y más bien la hubo de que no estaban dispuestos a hacerlo.<sup>8,106</sup> (ver también ref. <sup>107</sup>). Algunos niños preescolares evaluados antes y después de la guerra en Croacia, mostraron un aumento del comportamiento prosocial, pero no cambios de agresividad.<sup>108</sup>

La guerra puede tener efectos aun más remotos. Los temores de los niños acerca de la guerra aumentaron dramáticamente desde los años 30 a los 60,<sup>109</sup> y Goldberg<sup>110</sup> encontró que la mayor parte de los adolescentes en Canadá tenían temores de una guerra nuclear; aunque no está clara la relación de estos miedos con los problemas de salud mental (véase también ref. <sup>111</sup>).

### **Conclusión**

Las guerras son diversas, y los factores psicológicos que contribuyen a su aceptación como medio para resolver

conflictos son variados e interrelacionados. La importancia de la agresividad individual decrece a lo largo del *continuum* que va desde la agresión individual, pasando por la violencia de grupos, y los enfrentamientos étnicos y religiosos, hasta la guerra moderna institucionalizada, mientras aumenta la importancia de los procesos de grupo y de la institucionalización. Los factores que contribuyen a mantener la guerra como institución incluyen influencias de la vida cotidiana (como libros y películas), penetrantes factores culturales (tradiciones nacionales, algunos usos de la religión, la propaganda política), y el complejo industrial y científico militar.

Aunque el horror de la guerra suele evaluarse en términos del número de muertos y heridos, las consecuencias psicológicas para soldados y civiles pueden ser tan devastadoras como duraderas.

**Notas**

\* Este artículo fue publicado originalmente en *Interdisciplinary Science Reviews*, 1999, vol. 22, nº 3, pp. 229-245; bajo el título de «War: some psychological causes and consequences». Su traducción y publicación ha sido autorizada por el autor y el editor de la revista. Traducción de Roberto R. Bravo, Escuela de Filosofía, Universidad Central de Venezuela.

**Referencias**

- 1 K. Lorenz: *On aggression*; 1966, New York, NY, Hartcourt.
- 2 S. Mansfield: *The rites of war*; 1991, London, Bellew.
- 3 R. A. Hinde: *Relationships: a dialectal perspective*; 1997, Hove, Psychology Press.
- 4 L. Berkowitz: *Aggression*; 1963, New York, NY, McGraw-Hill.
- 5 N. Blurton Jones: *Ethological studies of child behaviour*; 1972, Cambridge University Press.
- 6 J. R. Tinklenberg y F. M. Ochberg: «Patterns of adolescent violence» en *Biobehavioral aspects of aggression* (ed. D. A. Hamburg y M. B. Trudeau); 129-140; 1981, New York, NY, Liss.
- 7 R. Gartner: «Cross-cultural aspects of violence» en *Violence: from biology to society* (ed. J. S. Grisolia, J. Sammartin, J. L. Luján, y Grisolia); 172-180; 1996, Amsterdam, Elsevier.
- 8 C. Lioddell, J. Kemp y Moema: «The young lions: South African Children and Youth in political struggle» en *The psychological effects of war and violence on children* (ed. L. A. Leavitt y N. A. Fox); 199-214; 1991, Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- 9 J. Straker: *Faces in the revolution*; 1992. Cape Town, David Philip.
- 10 D. Lester: «War and personal violence» en *Effects of war in society* (ed. G. Ausenda); 211-222; San Marino. AIEP Editore.
- 11 J. Goldstein: *Aggression and crime of violence*; 1986, New York, NY Oxford University Press.

- <sup>12</sup> M. B. Brewer y R. J. Brown: «Intergroup relations» en *Handbook of social psychology* (ed. D. Gilbert, S. Fiske y G. Linzey); 554-594; 1998, New York, MacGraw-Hill.
- <sup>13</sup> H. Tajfel y J. Turner: «The social Identity Theory of intergroup behavior» en *Psychology of intergroup relationships* (ed. S. Worschel y W. G. Austin); 7-24; 1986, Chicago. IL, Nelson.
- <sup>14</sup> J. C. Turner, M. A. Hogg, P. J. Oakes. S. D. Reicher y M. S. Wetherell: *Re-discovering the social contact: a self categorization theory*, 1987, Oxford, Blackwell.
- <sup>15</sup> J. C. Turner, P. J. Oakes, S. A. Haslam y G. Macarty: «Self and collective: cognition and social context» en *Pers. Soc. Psychol. Bull.*, 1994, 20, 454-463.
- <sup>16</sup> J. M. Rabbie: «Group processes as stimulants of aggression» en *Aggression and war* (ed. J. Groebel y R. A. Hinde); 141-155; 1989. Cambridge, Cambridge University Press.
- <sup>17</sup> M. Sherif: «Group conflict and cooperation: their social psychology»; 1966, London, Routledge and Kegan Paul.
- <sup>18</sup> J. C. Turner: «The Experimental social Psychology of intergroup behavior» en *Intergroup Behavior* (ed. J. C. Turner y H. Giles); 1981, Oxford Blackwell.
- <sup>19</sup> L. Festinger: *A theory of cognitive dissonance*; 1954, Evanston, IL Row Peterson.
- <sup>20</sup> D. Byrne, D. Nelson y K. Reeves: «Effects of consensual validation on attraction as a function of verifiability» en *J. Exp. Soc. Psychol.*, 1966, 2, 98-107.
- <sup>21</sup> D. W. Gorenflo y W. D. Crano: «Judgmental subjectivity/objectivity and locus of choice in social comparison» en *J. Pers. Psychol.*, 1989, 57, 605-614.
- <sup>22</sup> R. B. Claudine, R. J. Borden, A. Thorne, M.R. Walker, S. Freeman y R. S. Sloan: «Basking in reflected glory: three (football) field studies» en *J. Pers. Psychol.*, 1979, 39,406-415.
- <sup>23</sup> A. Tesser: «Toward a self-evaluation maintenance molded of social behavior» en *Adv. Exp. Soc. Psychol.*, 1988, 21, 181-228.
- <sup>24</sup> M. Hewstone: «The 'ultimate attribution error'? a review of literature in intergroup causal attribution» en *Eur. J. Soc. Psychol.*, 1990, 20, 311-335.
- <sup>25</sup> L. Baxter: «Dialectical contradictions in relationships development» en *J. Soc. Pers. Relat.*, 1990, 7, 69-88.
- <sup>26</sup> M. B. Brewer: «The social self: on being the same and different at the same time» en *Pers. Soc. Psychol. Bull.* 1991, 17, 475-482.
- <sup>27</sup> I. Sated y R. Y. Bourhis: «Power and status differentials in minority and majority group relations» en *Eur. J. Soc. Psychol.*, 1991, 21, 1-24.
- <sup>28</sup> R. Brown, Hinkle, P. G. Ely, L. Fox-Cardamone. P. Maras y L. A. Taylor: «Recognizing group diversity: individualist-collectivist and autonomous-relational social orientations, and their implications for the group processes» en *Br. J. Soc. Psychol.*, 1992, 31, 327-342.
- <sup>29</sup> F. M. Richardson: *Fighting spirit*; 1978, London. Lee Cooper.
- <sup>30</sup> L. B. Rodine: *The taming of the troops*; 1977, London, Greenwood Press.

- <sup>31</sup> H. Pogge Von Strandmann: «History and war» en *The institution of war* (ed. R. A. Hinde); 47-61: 1991, London, Macmillan.
- <sup>32</sup> D. Duckman y P. T. Hopmann: «Behavioral aspects of negotiations on mutual security» en *Behavior, society and nuclear war* (ed. P. E. Tetlock, J. L. Husbands, R. Jervis, P. C. Stern y C. Tilly); vol. 1, 85-173: 1989, New York, NY, Oxford University Press.
- <sup>33</sup> S. L. A. Marshall: *Men against fire*; 1947, New York, NY, Morrow.
- <sup>34</sup> M. Brodie (ed.): *A world worth fighting for*; 1990, East Wittering, Goody.
- <sup>35</sup> G. L. Mosse: *Fallen soldiers*; 1990, New York, NY, Oxford University Press.
- <sup>36</sup> P. Fussell: *The Great War and modern memory*; 1975, London, Oxford University Press.
- <sup>37</sup> J. Winter: «Imagings of war» en *The institution of war* (ed. R. A. Hinde); 155-177; 1991, London, Macmillan.
- <sup>38</sup> D. Midgley: «The ecstasy of battle: some German perspectives on warfare between modernism and reaction» en *The violent muse: violence and artistic imagination in Europe* (ed. J. Howlett y R. Mengham); 113-123; 1994, Manchester, Manchester University Press.
- <sup>39</sup> R. A. Hinde y D. Parry (ed.): *Education for peace*; 1989, Nottingham, Spokesman.
- <sup>40</sup> D. Dinnertein: *The mermaid and the minotaur: sexual arrangements and the human malaise*; 1976, New York, NY, Harper & Row.
- <sup>41</sup> L. Pelkkinnen: «Progress in education for peace in Finland,» en *Education for peace* (ed. R. A. Hinde y Parry). 88-101: 19889, Nottingham, Spokesman.
- <sup>42</sup> S. Ruddick: *Maternal Thinking*; 1989, London, Women's Press.
- <sup>43</sup> J. H. Harvey, G. Agostinelli y A. L. Weber: «Account-making and the formation of expectations about close relationships» en *Close relationship* (ed. C. Henndrick); 39-62; 1989, Newbury Park, CA, Sage.
- <sup>44</sup> H. O. Thompson: *Word religions in war and peace*; 1988. London. McFarland.
- <sup>45</sup> R. E. Santoni: «Nurturing the institutions of war: 'just war' theory's 'justifications' and accommodation» en *The institution of war* (ed. R. A. Hinde); 99-120; 1991, London, Macmillan.
- <sup>46</sup> J. Teichman: *Pacifism and the just war*; 1986, Oxford, Blackwell.
- <sup>47</sup> S. Sykes: «Sacrifice and the ideology of war» en *The institution of war* (ed. R. A. Hinde y H. Watson); 165-180; 1995, London, Tauris.
- <sup>48</sup> H. Watson: «War and religion: an unholy alliance?» en *War: a cruel necessity?* (ed. R.A. Hinde y H. Watson); 165-180; 1995, London, Tauris.
- <sup>49</sup> S. Feshbach: «Psychology, human values, and the search for peace» en *J. Soc. Issues*, 1990, 46, 185-198.
- <sup>50</sup> R. Kosterman y S. Feshbach: «Towards a measure of patriotic and nationalistic attitudes» en *Polit. Psychol.*, 1989, 10, 257-254.
- <sup>51</sup> G. R. Johnson: «Kim selection, socialization, and patriotism: an integrating theory» en *Polit. Life Sci.* 1986. 4, 127-154.

- 52 G. R. Johnson: «The role of kin selection in patriotic socialization: further reflections» en *Polit. Life. Sci.* 1989, 8, 62-69.
- 53 P. P. G. Bateson: «Optimal outbreeding and the development of sexual preference in the Japanese Quail» en *Z. Tierpsychol.*, 1980, 53, 231-244.
- 54 R. B. Zajonc: «Attitudinal effects of mere exposure» en *J. Pers. Soc. Psychol.*, 1968, Monograph Dsuppl. 9. 1-27.
- 55 D. L. Krebs y N. B. Davies: *An introduction to behavioural ecology*; 1981, Sunderland, M. A. Sinauer.
- 56 D. L. Hamilton y T. K. Troler: «Stereotypes and stereotyping: an overview of the cognitive approach» en *Prejudice, discrimination, and racism* (ed. J. Dovidio y Gaertner); 1986, New York, NY: Academic Press.
- 57 L. Lepore y R. Brown: «Category and Stereotype activation: is prejudice inevitable?» en *J. Pers. Soc. Psychol.* De próxima publicación.
- 58 R. Wahlstrom: «The image of enemy as a psychological antecedent of warfare» en *Essays on violence* (ed. J. M. Ramírez, R. A. Hinde y J. Goebel); 1987. Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- 59 S. Keen: *Faces of the enemy*; 1991, San Francisco, CA: Harper.
- 60 J. W. Dower: *War without mercy*; 1986, London, Faber & Faber.
- 61 G. Bronson: «The fear of novelty» en *Psychol. Bull.*, 1968, 69 250-258.
- 62 G. Lewis: «Payback and ritual in New Guinea» en *War a cruel necessity?* (ed. R. A. Hinde y H. Watson); 24-36; 1995; London, Tauris.
- 63 R. J. Lifton: *Home from the war: neither victims nor executioners*; 1973, New York, NY, Simon & Schuster.
- 64 M. Ni Mhaonaigh: «Friend and foe: Viking myths in ninth and tenth century Irish Literature» en *Ireland and Scandinavia in the early Viking Age* (ed. H.B. Clarke, M. Ni Mhaonaigh y R. O'Floinn); Blackrock, Four Courts Press. De próxima publicación.
- 65 D. D. Eisenhower: *Public papers of the presidents of United States. Dwight D. Eisenhower, 1960-61*; 1961, Whasington, DC.
- 66 H. Von Der Dunk: «The Netherlands and the memory of the second World War» en *Eur. Rev.*, 1996, 4, 221-239.
- 67 Y. Papadakis: «Nationalist imaginings of war in Cyprus» en *War a cruel necessity?* (ed. R. A. Hinde y H. Watson); 54-67; 1995, London, Tauris.
- 68 N. McWilliam: «Race remembrance, and 'Revanche': commemorating the Franco-Prussian War in the Third Republic» en *Art. Hist.*, 1996, 19, 473-498.
- 69 V. W. Sidel: «Socio-economic effects of the arms race» en *Prev. Med.*, 1996, 16, 342-353.
- 70 E. Goldson: «The effect of war on children» en *Child Abuse Neglect*, 1996, 20, 809-819.
- 71 E. V. Daniels y R. D. Knudsen: *Mistrusting refugees*; 1995, Berkeley, CA, University of California Press.
- 72 N. E. Archibald y R. D. Tuddenham: «Persistent stress reaction following combat: a twenty year follow-up» en *Arch. Gen. Psychiatr.*, 1965, 12, 475-481.

- 73 American Psychiatric Association: *DSM IV*; 1987, Washington DC, American Psychiatric Association.
- 74 J. D. Bremner, S. M. Southwick, A. Darnell, y D. S. Charney: «Chronic PTSD in Vietnam combat veterans-course of illness and subject abuse» en *Am. J. Psychiatry*. 1996, 154, 369-375.
- 75 P. Sloan, L. Arsenaault, M. Hilsenroth, L. Handler, y L. Harvill: «Rorschach measures of post traumatic stress in Persian Gulf War Veterans; a three year follow-up study» en *J. Person. Assess.*, 1996, 66, 54-64.
- 76 M. P. Deahl, A. B. Gilliam, J. Thomas, M. M. Searle: «The Gulf War: factors associated with subsequent morbidity and the effectiveness of psychological debriefing» en *Br. J. Psychiatr.*, 1994, 165, 60-65.
- 77 R. H. Stretch, K. M. Wright, P. D. Bliese, K. H. Knudson, D. H. Marlowe, y C. H. Hoover: «Psychological health of Gulf War-era military personel» en *Milit. Med.*, 1996, 161, 257-261.
- 78 D. W. King, L. L. King, D. W. Foy y D. M. Gudanowski: «Pre-war factors in combat-related post-traumatic stress disorder» en *J. Consult. Clin. Psychol.*, 1996, 64, 520-531.
- 79 Z. Solomon: «The effect of prior stressful experience on coping with war trauma and captivity» en *Psychol. Med.*, 1995, 25, 1289-1294.
- 80 R. Rosenheck y A. Fontana: «A model of homelessness among male veterans of the Vietnam war generation» en *Am. J. Psychiatry*., 1994, 151, 421-427.
- 81 E. Cairns y A. Dawes: «Children: ethnic and political violence -a commentary» en *Child Devel.*, 1996, 67, 129-139.
- 82 A. Klingman, A. Sagi, y A. Raviv: *The effect of war on Israeli children* (ed. L. A. Leavitt y N. A. Fox); 75-92; 1991, Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- 83 D. J. Somasundaram: «Posttraumatic responses to aerial bombing» en *Soc. Sci. Med.*, 1996, 42, 1465-1471.
- 84 M. S. Macksoud y J. L. Aber: «The war experiences and psychosocial development of children in the Lebanon» en *Child Dev.*, 1996, 67, 70-88.
- 85 J. Gabarino y K. Kostelny: «The effects of political violence on Palestinian children's behavior problems -a risk accumulation model» en *Child Dev.*, 1996, 67, 33-45.
- 86 K. Nader y R. N. Pynoos: «The children of Kuwait after the Gulf crisis» en *The psychological effects of war and violence on children* (ed. L. A. Leavitt y N. A. Fox); 181-197; 1991, Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- 87 L. K. Zahr: «Effects of war on the behavior of Lebanese pre-school children -influence of home environment and family functioning» en *Am. J. Orthopsychiatr.*, 1996, 66, 401-408.
- 88 M. K. Potts: «Long-term effects of trauma: posttraumatic stress among civilian internees of the Japanese during World War 2» en *J. Clin. Psychol.*, 1996, 50, 681-698.
- 89 N. Laor, L. Wolmer, L. C. Mayes, A. Golomb, D. S. Silverberg, R. Weizman y D. J. Cohen. «Israeli school children under SCUD missile attack» en *Arch. Gen. Psychiatr.*, 1996, 53, 416-423.

- <sup>90</sup> Y. Lerner y N. Silber: «Psychological distress among recent immigrants from the former Soviet Union to Israel: 2 The effects of the Gulf War» en *Psychol. Med.*, 1996, 26, 501-510.
- <sup>91</sup> E. Prager y Z Solomon: «Correlates of war-induced stress responses among late middle-aged and elderly Israelis» en *Int. J. Aging Hum. Dev.*, 1995, 45, 203-222.
- <sup>92</sup> N. Bat-Zion y R. Levy-Sghiff: «Children in war: stress and coping reaction under the threat of proximity» en *The psychological effects of war and violence on children* (ed. L. A. Leavitt y N. A. Fox); 143-162; 1991, Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- <sup>93</sup> The Royal Society: *Risk assessment: a study group report*; 1993, London, The Royal Society.
- <sup>94</sup> H. S. Desivilya, R. Gal. Y D. Ayalon: «Long-term effects of trauma in adolescence» en *Anxiety Stress Coping*, 1996, 9, 135-160.
- <sup>95</sup> K. E. Miller: «The effects of state terrorism and exile on indigenous Guatemalan refugee children: a mental health assessment and an analysis of children's narratives» en *Child Dev.*, 1996, 67, 89-106.
- <sup>96</sup> N. Garmezy: «Stressors of childhood» en *Stress, coping and development in children* (ed. N. Garmezy y M. Rutter); 3-84; 1983, New York, NY, McGraw-Hill.
- <sup>97</sup> D. Burlingham y A. Freud: *Infants without families*; 1994, London, Allen & Unwin.
- <sup>98</sup> E. John: «A study of the effects of evacuation and airraids on preschool children» en *Br. J. Educ. Psychol.* 1941, 11, 173-182.
- <sup>99</sup> T. Field: «Israeli children in the Gulf War: Problems of masks and peer sensation» en *The psychological effects of war and violence on children* (ed. L. A. Leavitt y N. A. Fox); 303-318; 1991, Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- <sup>100</sup> G. Straker, M. Mendelsohn, F. Moosa y P. Tudin: «Violent political contexts and the emotional concerns of township youth» en *Child Dev.*, 1996, 67, 46-54.
- <sup>101</sup> R. L. Punnamaki: «Can ideological commitments protect children's psychosocial well-being in situations of political violence?» en *Child Dev.*, 1996, 96, 55-69.
- <sup>102</sup> J. J. Schwab, J. F. Ice, J. J. Stephenson, K. Raymer, K. Houser, L. Graziano, P. Winkler y D. S. Eiland: «War and the family» en *Stress Med.*, 1995, 11, 131-137.
- <sup>103</sup> P. S. Jensen, D. Martin y H. Watanabe: «Children's response to paternal separation during Operation Desert Storm» en *J. Am. Acad. Child Adolesc. Psychiatr.*, 1991, 35, 433-441.
- <sup>104</sup> F. J. Medway, K. E. Davis, T. P. Cafferty, K. D. Chapell, y R. E. O'Hearn: «Family disruption and adult attachment correlates of spouse and child reactions to separation and reunion during Operation Desert Storm» en *J. Soc. Clin. Psychol.*, 1995, 14, 97-118.
- <sup>105</sup> C. R. Figley: «War-related stress and family-centered intervention: American children and the Gulf War» en *The Psychological effects of war and violence on children* (ed. L. A. Leavitt y N. A. Fox) 339-356, 1991, Hillsdale, NJ, Erlbaum.

- <sup>106</sup> A. Dawes y Tredona: «Emotional status of children exposed to political violence in the Crossroads squatter area during 1986-1987» en *Psychol. Soc.*, 1989, 12, 33-47.
- <sup>107</sup> L. Lorenc y A. Branthwaite: «Evaluations of political violence by English and Northern Irish school children» en *Br. Soc. Psychol.*, 1986, 25, 349-352.
- <sup>108</sup> Z. Rabotegsaric, M. Zuzul, y G. Kerestes: «War and Children's aggressive and pro-social behaviour» en *Eur. J. Pers.*, 1994, 8, 201-212.
- <sup>109</sup> J. Croake: «Fears of children» en *Hum. Dev.*, 1969, 12, 239-247.
- <sup>110</sup> S. Goldberg: «Violence at a distance: thinking about the nuclear threat» en *The psychological effects of war and violence on children* (ed. L. A. Leavitt y N. A. Fox); 231-242; 1991, Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- <sup>111</sup> B. J. Boyd, C. Wallinga, P. Skeen y L. P. Paguio: «Children's and adolescents response to the prospect of nuclear war -a review» en *Int. J. Behav. Dev.* 1994, 4, 697-715.

### **Profesor R. A. Hinde**

Tras haber servido como piloto en la RAF durante la segunda guerra mundial, Robert A. Hinde se graduó en zoología en el St. John's College, Cambridge, en 1948, y obtuvo el doctorado en la Universidad de Oxford en 1950. Luego regresó a Cambridge, donde ha realizado investigaciones sobre el comportamiento animal y, desde los setenta, sobre el comportamiento de niños preescolares y sus familias. Entre 1963 y 1989 fue profesor investigador por la Royal Society, y ha sido miembro, asesor, tutor y, entre 1989 y 1994, director del St. John's College. Es miembro de la Royal Society, miembro honorario del Colegio Real de Psiquiatría, y asociado honorario de la Academia Nacional de Ciencia.

En febrero de 1999 el Dr. Robert Hinde, estuvo en Caracas, por invitación del doctorado en psicología de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, para dictar un seminario que versó sobre: «Una ciencia de las relaciones humanas, la agresión y la guerra y la base de las instituciones religiosas». Dicho seminario fue el décimo en la serie denominada «Perspectivas teóricas en psicología contemporánea» que se ofrece anualmente, a cargo de profesores invitados. El presente artículo formó parte de la bibliografía del seminario y, posteriormente, se obtuvo la autorización para traducirlo y publicarlo en castellano.